«Nosotros, que conocemos la gran labor patriótica del doctor Irías, para que esta transición política se efectuara pacíficamente, sabemos cuánto le debe Nicaragua.... Mas pasando al doctor Irías, es ocasión de decir que lo he conocido desde niño, y he tenido ocasión de apreciar los altos quilates de su talento y de su carácter; puedo decir que en él se ha realizado lo que un escritor consideraba como imposible en un hombre, esto es, que en todas las acciones de su vida ha obedecido a una norma, a un fin, sin variar un solo momento ni en su pensamiento ni en sus acciones.»

JOSÉ MADRIZ.

Dr. Rodolfo Espinosa R.

Le debemos estas líneas de justicia, —pletóricas de sinceridad,—que se desprenden de la pluma con toda la efusión de nuestra alma, como las hojas que caen del árbol añoso al soplo de la fugitiva brisa.

El sabe perfectamente que su nombre—nombre íntegro—va unido a un gran dolor nuestro y que mientras conservemos vida palpitará en nuestro corazón el recuerdo de sus nobles merecimientos.

Rodolfo surgió al impulso de la ciencia y siempre ha caminado en pos de ella, de triunfo en triunfo, bien ganados, como un devoto consagrado, con el ansia de un predestinado, con todo el prestigio en la realización de éxitos cabales.

La escuela fué su primer teatro en que se columbraran sus brillantes dotes intelectuales, abrigando lampos de luz para su indiscutible personalidad El eminente educador don José María Isaguirre que preparó felizmente para la patria literato y diplomático como Salvador Castrillo Gámez; contabilistas como Juan José Zelaya; pedagogos como José Rodríguez Galo y toda esa legión de elementos útiles honrosos que en la actualidad laboran en la marcha de la república, modeló también la atrayente desde entonces figura de Espinosa. Al dejar éste las aulas, era un matemático de primera fuerza, bien lo recordamos, y su acento reflejaba la inspiración del consumado declamador, del futuro orador, de gallarda imaginación. Oir la palabra de Espinosa, es realmente un acontecimiento.

Partió a Guatemala a concluir su carrera profesional, que bajo los mejores auspicios, es hoy su más valioso atestado. Allí le encontramos con ocasión de la Exposición centro americana. La delegación de Nicaragua le incorporó como su Secretario. Su cultura, su versación en diferentes materias y el conocimiento de aquella sociedad, fueron sin duda, uno de los mejores exponentes del adelanto nacional.

A su regreso a la patria con su diploma de médico de verdadero mérito, el aura popular, que nunca se equivoca, confirmó la sólida reputación de que venía precedido. En ese campo ha cosechado sus mejores frutos, científica y económicamente.

Su paso ligero por el Ministerio principiaba a hacerse sentir con acertadas innovaciones en la enseñanza popular y doctrinaria, cuando asuntos de alta política y los grandes intereses de Centro América, lo llevaron a Washington como Ministro Diplomático.

Con motivo de ese viaje y para que le sirviese a manera de consulta en lo pertinente a su misión, le obsequiamos dos obras de historia patria.

Su respuesta es una revelación de ardiente patriotismo y de elevado pensar en nuestro mejoramiento social y político. Dice así:

«Junto con los tres tomos de la historia de Ayón, tuve el gusto de recibir las «Memorias de Walker», delicado obsequio que usted se ha servido hacerme. Se lo agradezco en el alma; lo leeré de continuo y siempre me servirá para acrecentar mi amor a la patria, palpando en ese libro el abismo a donde pueden conducirnos las pasiones políticas en Centro América, que en muchas ocasiones, hacen que sus hijos olviden sus méjores deberes».

Poco tiempo después regresó a Nicaragua y sucesos muy conocidos de la época presente, lo obligaron a radicarse en Costa Rica, en donde vive consagrado al estudio y alivio de la humanidad, bien practicando con brillo su meritoria labor, bien viajando por el extranjero para ensanchar sus ya vastos conocimientos.

Hemos hablado de las relevantes condiciones intelectuales de Rodolfo Espinosa, de su maravillosa carrera profesional y de su actuación en la vida pública. Réstanos apreciarlo en sus dotes morales que para nosotros es la faz más saliente de su simpática personalidad.

Para comprenderlo, hay que verlo en su hogar rodeado de los suyos. No contento con haber asistido a su adorable madre—adorable como todas las madres—prodigándole exquisitos servicios hasta recibir como una bendición su postrer aliento, consagró su mayor cariño a rodear los últimos días del «viejecito», como él llamaba a su buen padre, sus atenciones y caprichos de anciano. De ese modo, para ejercicio y distracción, le compró fina bestia que el propio Rodolfo se complacía en ensillar cada vez que montaba su progenitor, oponiéndose a que lo hiciera el sirviente particular para gozar de la íntima satisfacción de servir a su padre hasta en lo más insignificante y obligado de la vida. ¡Cuántos tesoros de ternura nos revelan esas manifestaciones filiales dignas de que en todo tiempo fueran imitadas por las generaciones que pasan; y a cuántas consideraciones se prestan estos ejemplos para la educación de la juventud.

Joven aún, en la plenitud de sus energías, con voluntad tesonera, Rodolfo Espinosa marcha resueltamente a conquistar el premio reservado a los que piensan, a los que trabajan, a los que se afanan por el cumplimiento de generosos propósitos en las diversas circunstancias de la existencia.

De atrayente fisonomía, vaciado en el molde de esos tipos que desde el primer momento despiertan simpatías y revelan el caudal de virtudes que guardan, las multitudes lo colman de afecto a su paso y le aclaman como a uno de los caracteres más sólidos, como a uno de los cerebros más amplios, como a una de las actividades más culminantes y como a una de las más lisonjeras esperanzas en las evoluciones del porvenir.

Genaro LUGO.

marzo, 31—1916.

Doctor Rodolfo Espinosa R.

El trigal propicio y opimo de juventud, fulgurado por aquel «11 de julio de 93» que como un «Espíritu Santo» moderno, iluminó los ámbitos de este querido triángulo patrio, da doradas espigas desde hace algunos años. ¡No en balde trabajaron aquellos inquietos y sublimes viejos que, apuñaleando sombras, pudieron un día hacer reventar la bella granada de la Democracia!

Pues bien, de los mozos de entonces, de los que cristalizaron en sus corazones los acentos patróticos de aquella época, olvidada ahí no más, es Rodolfo Espinosa, cuyo recuerdo se forja no donde las gentes baten el hierro de la guerra o el lodo del rencor, sino en el pacífico hogar nicaragüense, muy suyo por el cariño y la gratitud que le guardan. Además de ser egregio de la ciencia, es portaestandarte del signo de sosegadas pero radicales evoluciones.

Desde antes de subir al andamio de la política, sus acciones espontáneas de puro liberalismo, hicieron florecer en todas partes buena voluntad, dando por resultado que un día que rebasó una de las ánforas de admiración popular, el Gobierno lo llamara a desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública.

Y en ese cargo, tan amplio para mostrar aptitudes o realizar bellos anhelos, no firmó mandatos imperativos de clausura de los colegios ni notas enconadas contra talentosos estudiantes, y por el contrario, como un Mecenas de luz, utilizó su influencia en favor de las escuelas, llenándolas de altos ideales y de propósitos en armonía con el siglo, alejándolas así del «Espíritu Malo» de los fanatismos. Obra suya fué aquella brillante «Academia ds Maestros» donde las conferencias pedagógicas despejaban entendimientos y despertaban amor por la instrucción.

Laborando siempre por la patria, fué a Washington como Ministro Plenipontenciario; y ya dueño del laberinto diplomático, le sorprendió el reflejo del incendio ardiendo el predio nativo.

Medio apagada la hoguera retornó al país y el pueblo de Managua lo aclamó.

Pasada la guerra civil de Madriz, pero siempre en conbustión el infierno de las pasiones, se vió obligado a tomar rumbo al éxodo, donde permanece aún.

Es de los que, con voluntad abierta a la concordia, puede hacer mucho por la República.

De "El Imparcial" de Managua, (Nic).

A mis correligionarios.

Con la confianza que inspira el correligionarismo, dirijo mi voz al compacto e inmenso Partido Liberal, con el fin de esbozar ligeramente dos altas personalidades, que abnegada y patrióticamente han laborado en pro de los intereses del pueblo de Nicaragua y de nuestro Partido Liberal:

JULIAN IRIAS Y
RODOLFO ESPINOSA R.

En horas de peligro y de verdadera significación para la patria de nuestros mayores, esta dualidad del liberalismo, estos dos paladines a quienes bien pudiéramos llamar los Bolívares de nuestras epopeyas, han puesto a su servicio nombre y honor, han salvado los obstáculos y han tremolado, llegado el caso, la bandera de la libertad.

Bien hace el León egregio y con León los nicaragüenses que velan por la tranquilidad de sus hogares, en fijar los ojos en JULIÁN IRÍAS para Presidente de la República.

Un acto de justicia y de reconocimiento nos está indicando la conveniencia de llevar sus dos nombres a las urnas electorales. Los dos representan un solo pensamiento y sustentan un mismo ideal.

Los antiguos romanos, los griegos y los germanos, tocaron la cima de la grandeza, porque supieron reconocer los méritos de sus hijos y recompensar a los que llegaban al sacrificio en las lides del patriotismo. El honor cría las artes, dice Emerson.

Los buenos nicaragüenses limpios de prejuicios que laboramos por las ideas y no por los hombres; los que no hemos querido ni queremos ser órganos del gran estómago nacional; los que estamos poseídos de sentimientos de verdadera democracia, los que queremos paz, trabajo y libertad, acojidos al artículo 43 de la Carta Constitutiva, estamos en el deber ineludible de formular nuestra papeleta eleccionaria, de esta manera: «Voto para Presidente y Vicepresidente de la República, por los ciudadanos

Julián Irías y
Rodolfo Espinosa R.",

respectivamente.

IRIAS representa la firmeza pública hecha leyes; ESPIÑOSA R. simboliza la espiritualidad galante del país.

Conciudadanos:

Confiando en lo porvenir y acogiéndonos a las garantías ofrecidas, saludemos en este año de gracia el nuevo sol de redención.

J. C. CERRANO.

Managua, mayo de 1916.

DE LEJOS.....

Julián Irías, fuerza política y espíritu caldeado en los acontecimientos definitivos de Nicaragua, surgido de entre las filas de estudiantes que deslumbraban en los colegios de Guatemala, y cuya orientación se marcaba con los fulgores de un carácter; severidad y honor jamás discutidos, vino a su patria en un momento de laxitud nacional y de enervamiento administrativo.

Vino cabalgando un potro de quimeras, en un vuelo de juventud, hacia una tierra suya, casi indecisa su personalidad, así como se declaran los colores de un gran día con ténues delicuescencias y medias tintas de viñeta.

Julián Irías llegó al Ministerio General como una necesidad de Estado; y en cada cuestión sometida a su juicio, ya fuese de simple interés piadoso o de lejano alcance administrativo, cupo a su sagacidad usar de esa «impulsiva tolorancia» de que habla Novalis; no sin dejar de sentir en el derrotero de su labor la espina que cría la rosa y el garfio que acusa al reptil entre lo más florido de la maleza.

Penetrado de que la meditación atrae como los pararroyos los trémulos esplendores del relámpago, hizo de su silencio mayestático, ferrada almena para fundir a su contacto la iniquidad de la centella; y a semejanza de los soñadores taumaturgos, en la hosquedad de sus principios, cree en la justicia intrínseca del trabajo, amenizado por una virtud sin leyes.

Moderno, civilizado, como lo exige el siglo, siente en la intimidad de su abstracción el derrumbe moral de una esperanza o el salto de una fuente, siempre que esa fuente sea de ternura; y observando al filósofo belga que consultaba sus iniciativas con su propia conciencia, así este máximo operador de realidades pone su mano en el pecho para formular sus designios, porque sabe que el corazón sólo responde cuando llama la sinceridad.

Irías como cabeza eleccionaria, como caudillo activo, como abogado imperturbable; y sobre todo, como director honrado en supremas deliberaciones, no se repite en nuestra época, llena tan solo de resonancias mediocres, de sargentones de taberna y de contrabandistas políticos con las franquicias de una ofensiva popularidad

OCTAVIO RIVAS ORTIZ.

Tipografía SAN JOSÉ

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.